
ARTÍCULO PRODUCTO DE INVESTIGACIÓN

Nostalgia y Metafísica

Nostalgia and Metaphysics

Abel Miró i Comas¹

Universitat Internacional de Catalunya

Recibido: 10.09.2024

Aceptado: 15.11.2024

Resumen

En el presente artículo, se sostiene que el estado de ánimo de la nostalgia dispone adecuadamente el espíritu humano para la especulación metafísica. Para demostrar esta tesis, se analiza el concepto de «nostalgia existencial» de C. S. Lewis y, por último, se indica en qué consiste el vínculo entre ésta y la búsqueda de la sabiduría, utilizando un fragmento del poeta romántico alemán Novalis.

Palabras clave: Tomás de Aquino, Metafísica, nostalgia, William Wordsworth, Novalis, Heidegger

Abstract

This article argues that the feeling of nostalgia adequately disposes the human spirit for metaphysical speculation. In order to demonstrate this thesis, C. S. Lewis's concept of

¹ amiro@uic.es

<https://orcid.org/0000-0003-2239-308X>

“existential nostalgia” is analysed. Finally, the link between nostalgia and Metaphysics is shown, using a passage from the German Romantic poet Novalis.

Keywords: Thomas Aquinas, Metaphysics, nostalgia, William Wordsworth, Novalis, Heidegger

Introducción. «Un hombre en extraña tierra»

El ejercicio de la especulación metafísica, para poder fructificar en nosotros, presupone unas determinadas condiciones afectivas o, en otras palabras, algunos estados de ánimo o pasiones. En la presente comunicación, vamos a fijarnos en una pasión muy particular: la nostalgia. En efecto, un signo que nos permite distinguir la Metafísica de cualquier otra disciplina es que, cuando nos movemos dentro de su horizonte, aquello de lo que tratamos «nos afecta directamente en nuestro ser mismo (Heidegger, 2006, p. 31)»; sentimos vivencialmente que estamos siguiendo nuestro propio destino, que estamos obedeciendo nuestra constitutiva ordenación a la felicidad; experimentamos que, en esta actividad, está en juego nuestra vida.²

Sin embargo, en la vida presente, el hombre experimenta, además, que nunca llega a poseer de un modo acabado, perfecto, su fin último, su felicidad, la plenitud a la que está destinado. Y esto genera en él un cierto estado de ánimo. El Beato Ramón Llull lo describe con gran precisión al inicio de su *Libro de las maravillas*: «En tristícia e en llanguiment estava un hom en estranya terra (Llull, 1984, Pròleg)», «Triste y languideciendo estaba un hombre en tierra extraña».

² «Tal y como enseña el Filósofo en su *Política*, cuando varias cosas se ordenan a una, es necesario que una de ellas regule o gobierne y que las demás sean reguladas o gobernadas. Esto es evidente, de hecho, en la unión del alma y el cuerpo, pues el alma naturalmente manda y el cuerpo obedece. Entre las potencias del alma, también ocurre algo parecido: el apetito irascible y el concupiscible están gobernados por la razón según un orden natural. Pero todas las ciencias y artes están ordenadas a una cosa, a saber, a la perfección del hombre, que es su felicidad [*beatitudo*]. Es necesario, pues, que una de estas ciencias y artes sea soberana de todas las demás, y ésta rectamente reclama el nombre de sabiduría, porque es propio del sabio ordenar a los demás (Santo Tomás, *Sententia libri Metaphysicae*, Prooemium)».

El personaje de quien se nos habla no tiene nombre, dando a entender con ello que no se está hablando de un individuo concreto, sino de cualquier hombre particular. Este personaje se encuentra «en tristícia e en llanguiment», «triste y languideciendo», ¿por qué motivo? El propio Ramón Llull nos ofrece una clave para responder: porque está «en estranya terra», es decir, en una tierra que no es su casa, su patria. La afección invocada por Llull al inicio de su *Libro de las maravillas*, y que es un signo de esta inclinación natural a la Metafísica inserta en las profundidades de la substancia humana, es, sin lugar a dudas, la «nostalgia».

Esta pasión, por un lado, dispone adecuadamente para la búsqueda de la sabiduría —para la Metafísica— y, por el otro, acompaña siempre al que ya se ha adentrado a ella, como un horizonte de fondo. Para comprender el estrecho vínculo entre la Metafísica y la nostalgia, vamos a profundizar en el concepto filosófico de «nostalgia» a partir del pensador y novelista británico Clive Staples Lewis (1898-1963).

1. La nostalgia existencial

Según Lewis, forma parte de la experiencia íntima del hombre, sentir un ansia, un anhelo, un deseo insatisfecho. Nos sentimos incompletos, frustrados en lo más profundo de nosotros. Hablar de esta cuestión, explica el ensayista irlandés, es algo que nos hace sonrojar, que nos avergüenza: «Siento cierto pudor al hablar del ansia, presente en nosotros ya en este momento, de llegar a nuestro lejano país. Estoy cometiendo casi una indecencia. Estoy intentando rasgar el insondable secreto oculto en cada uno de nosotros, el misterio cuya herida profunda nos induce a vengarnos de él dándole nombres como nostalgia, romanticismo y adolescencia. La dulzura de su aguijón es tal que, cuando resulta imprescindible mencionarlo en la conversación íntima, nos volvemos torpes y aparentamos reírnos de nosotros mismos. No podemos ocultarlo ni revelarlo, aun cuando deseemos hacer ambas cosas (Lewis, 2017, p. 147)».

Justifica por qué razón no es posible revelar ni enmudecer completamente este deseo: «No cabe revelarlo porque es el deseo de algo no aparecido nunca en nuestra experiencia. No es

posible acallarlo porque nuestra experiencia está sugiriéndolo continuamente, y nos delatamos como se descubren los amantes al mencionar el nombre del amado. El recurso más habitual consiste en llamarlo “belleza” y en actuar como si eso resolviera el asunto (Lewis, 2017, p. 147)».

En algunas ocasiones, se ha identificado el objeto de esta nostalgia con algunos momentos del pasado: «El subterfugio de Wordsworth se reduce a identificarlo con ciertos momentos de su propio pasado (Lewis, 2017, p. 147)». Es probable que aquí —aunque no lo diga de un modo explícito— Lewis esté pensando en la Oda de William Wordsworth (1770-1850) que tiene como título *Indicios de inmortalidad en los recuerdos de la primera infancia* [*Intimations on immortality from recollections of early childhood*]. En la primera estrofa, el deseo del poeta se gira hacia el tiempo luminoso de su infancia:

Hubo un tiempo en que el prado, el huerto y los arroyos,
la tierra y cada paisaje corriente,
me parecían
ataviados de luz celestial,
con la gloria y la frescura de un sueño.
Ahora ya no sucede como en tiempos pasados;
vaya a donde vaya,
de día o de noche,
las cosas que solía ver ya no soy capaz de verlas (Wordsworth, 2012).

En la siguiente estrofa afirma que, a pesar de la innegable belleza del mundo —del arcoíris, de la rosa, de la luna, de las aguas en una noche estrellada, de la luz del sol—, pese a todo, «sé que, allí donde voy, ha muerto una gloria de la tierra». El mundo que antaño reflejaba la luz de la gloria, se ha convertido ahora en el cadáver de esta gloria, en un cementerio.

Ante esta situación, la única actitud posible es girar los ojos hacia el pasado, que es el único lugar donde el hombre se encontraría como en casa, como en su patria. Así lo expresa en la estrofa diez:

Aunque el resplandor que una vez fue tan luminosos
 sea ahora retirado para siempre de mi vista,
 aunque nada pueda devolver la hora
 del esplendor en la hierba, de la gloria entre las flores;
 no lloraremos, sino que encontraremos
 fuerza en lo que queda atrás;
 en la comprensión original
 que al haber sido una vez debe permanecer para siempre
 [...].

No obstante, Lewis advierte que, si pudiéramos regresar al pasado, no encontraríamos en el aquello que deseamos, sino un mero recordatorio suyo, como un objeto que nos recuerda a un difundo: «Si Wordsworth hubiera regresado a esos momentos del pasado, no habría encontrado el objeto deseado, sino solo un recordatorio suyo. Lo recordado resultaría ser un recuerdo en sí mismo. Los libros o la música en que creíamos que se ocultaba la belleza nos traicionarán si confiamos en ellos. Pero realmente [la belleza] no está ni *en* aquéllos ni en ésta, tan sólo se revela *a través* de ellos. En realidad, los libros y la música aumentan el deseo de poseerla (Lewis, 2017, pp. 147-8)».

Se intensifica la nostalgia, porque: «Estas cosas —la belleza, el recuerdo de nuestro pasado— son buenas imágenes de lo realmente deseado. Si se confunden con la cosa misma, se transforman, no obstante, en ídolos mudos que rompen los corazones de quienes los adoran. No son, pues, la cosa misma, sino el perfume de una flor no hallada, el eco de una armonía jamás oída, la noticia de un país desconocido (Lewis, 2017, p. 148)».

El principal peligro al que se enfrenta el hombre ante la experiencia de la nostalgia existencial consiste en intentar enmudecerla, en sucumbir en la: «mundaneidad imperante desde hace aproximadamente cien años. Buena parte de la educación recibida ha ido dirigida a silenciar esta tímida y persistente voz interior. La mayoría de las corrientes filosóficas modernas han sido urdidas para convencernos de que el bien del hombre se halla en esta tierra (Lewis, 2017, p. 148)».

Aunque pueda parecer paradójico, estas doctrinas, en el fondo, son una confirmación de aquello que pretenden negar: «Es sorprendente que doctrinas filosóficas como la del progreso o la evolución creadora sean a pesar suyo testimonios de que nuestro verdadero fin está en otra parte. Observen cómo arremeten contra la tierra cuando quieren convencernos de que es nuestra morada. Comienzan tratando de persuadirnos de que la tierra se puede transformar en el cielo. Al hacerlo así, quieren compensar nuestro sentimiento de exilio en un mundo terrenal como éste (Lewis, 2017, p. 148)»³.

Per evitar que resulte muy evidente el abismo entre lo que prometen esas doctrinas y la realidad presente, utilizan un subterfugio: «A continuación nos aseguran que el feliz acontecimiento ocurrirá en un futuro todavía muy lejano. Quieren desagraviar así el conocimiento de que la patria no es esta de aquí y ahora (Lewis, 2017, pp. 148-9)».

Sin embargo, hay un obstáculo que les resulta imposible reducir y al que tratan de ocultar a toda costa: «Finalmente, para no despertar el anhelo de lo transtemporal y echarlo todo a perder, recurren a cualquier retórica disponible para expulsar de nuestras mentes el recuerdo de que, si la felicidad por ellos prometida pudiera alcanzarla el hombre en la tierra, la muerte haría que la perdieran las sucesivas generaciones, incluida la última de todas. La historia entera sería, pues, nada para siempre. Ni siquiera sería historia (Lewis, 2017, p. 149)».

Este anhelo de un bien transtemporal y transfinito pone de manifiesto que el mundo presente no es el lugar adecuado a nuestro ser. Bajo ningún supuesto, puede constituir para nosotros un hogar, una patria; en él siempre permanecemos «extranjeros», como el personaje del que nos habla Ramón Llull en su *Libro de las maravillas*.

³ Lewis está aludiendo aquí a la doctrina de la «evolución creadora» de Bergson, según la cual existe un impulso original, un *élan vital*, «que llevaría la vida, por formas cada vez más complicadas, a destinos cada vez más altos (Bergson, 1963, p. 526)». Este empuje interior de la vida, según el filósofo francés, será capaz de «derribar todas las resistencias y de franquear numerosos obstáculos, incluso quizá la muerte (Bergson, 1963, p. 671)».

Si giramos la mirada a nuestra experiencia íntima, y no tratamos de eludir esta escucha interior mediante estímulos provenientes del exterior, fácilmente nos percataremos de una herida que sangra en lo más profundo de nuestro ser, de un deseo que ninguna felicidad natural puede satisfacer.⁴ Ahora bien, se pregunta Lewis, ¿existe alguna razón para suponer que este deseo, en la realidad, se va a cumplir? Y responde: «“El hambre no prueba que vayamos a tener pan”. Esta afirmación es, a mi juicio, básicamente errónea. El hambre física de un hombre no garantiza que sea capaz de conseguir pan. Un hambriento puede morir de inanición en una balsa a la deriva sobre el Atlántico. Sin embargo, el hambre humana demuestra de modo inequívoco la pertenencia del hombre a una raza que necesita comer para reponer sus fuerzas físicas, su condición de habitante de un mundo en el que existen sustancias comestibles. De igual modo, aun cuando no creo que mi deseo de alcanzar el Paraíso pruebe que habré de gozar de él (aunque sí desearía hacerlo), considero ese anhelo una indicación bastante buena de su existencia y de la esperanza de algunos seres humanos de merecerlo. Un hombre puede amar a una mujer y no lograrla. Sería muy extraño, empero, que el fenómeno denominado “enamorarse” ocurriera en un mundo asexuado (Lewis, 2017, pp. 149-150)»⁵.

⁴ «El ansia de no morir, el hambre de la inmortalidad personal, el coonato con que tendemos a persistir indefinidamente en nuestro ser propio y que es, según el trágico judío [Spinoza], nuestra misma esencia, eso es la base afectiva de todo conocer y el íntimo punto de partida de toda filosofía humana, fraguada por un hombre y para hombres (Unamuno, 2023, p. 80)».

⁵ Un argumento parecido lo encontramos en Santo Tomás: «Es imposible que un deseo natural sea inútil, *pues la naturaleza nada hace en balde* [Aristóteles, *De Caelo*, II, 1; 291b 13-14]. Si nunca se pudiera conseguir, sería un deseo inútil [*inane desiderium*]. Luego es posible llenar el deseo natural del hombre. No en esta vida, como se ve. Luego después de ella. Por lo tanto, la felicidad última del hombre está después de esta vida (Santo Tomás, *Summa contra gentiles*, III, cap. 48)». El grado de certeza de este argumento es el de su premisa mayor: los deseos naturales no pueden ser inútiles o irracionales. Esta tesis presupone algo que el Aquinate prueba en la quinta vía (Santo Tomás, *Summa Theologiae*, I, q.2, a.3, in c), a saber, que «toda operación de la naturaleza está ordenada por un entendimiento que opera por un fin (Santo Tomás, *In De Caelo*, II, lect. 16)». Es indudable que en todo hombre se encuentra una tendencia a su felicidad última, y que le resulta intolerable no conseguirla o bien desaparecer después de la muerte. Este deseo, como observa Eudaldo Forment, «por su carácter universal y constante en todas las culturas, debe considerarse natural y no cultural o aprendido; y todo lo natural tiene un sentido o finalidad (Forment, 2023, cap. XXIV, n. 256, p. 287)».

2. La Metafísica es nostalgia

Este sentimiento de hallarse «en tierra extranjera» es justamente el impulso que pone en marcha la especulación metafísica, que apunta, como a su objeto final, hacia esa Patria de la que nos sentimos desterrados. La Metafísica, así entendida, sería un intento de superar la brecha, el abismo, la distancia que media entre nosotros y la gloria de la cual es un reflejo toda la belleza del Universo creado. La Metafísica sería una tentativa de tender un puente, con las solas fuerzas del entendimiento humano, entre el exilio en el que nacemos y la Patria a la que nos ordenamos; en definitiva, un ensayo de salir de la nostalgia existencial, que es un ingrediente constitutivo de la vida humana en el estado actual.

El poeta romántico alemán Novalis (1772-1801), en un fragmento, habló sobre la estrecha relación entre la filosofía —y aquí, por filosofía debe entenderse la Metafísica— y la nostalgia: «La filosofía, en realidad, es nostalgia, un impulso de encontrarse en todas partes como en casa (Novalis, 1994, frag. 21)». Según explica Hugo Rahner, un joven Martin Heidegger, entre los años 1934 y 1936, comenzó un día su lección comentando las citadas palabras de Novalis: «Los profesores universitarios de filosofía nunca entenderán lo que decía Novalis: la filosofía (y toda filosofía es Metafísica) no es, propiamente hablando, sino *nostalgia*. La filosofía no es una disciplina que se aprenda. Respecto de ella, las ciencias no son más que sirvientas. Pero el arte y la religión son sus hermanas. Quien no sepa qué es la nostalgia, tampoco sabe qué es filosofar (Rahner, 1940, pp. 156-7)»⁶.

Fijémonos que este texto nos sirve para completar el que comentábamos anteriormente de Lewis: el autor británico nos decía que la inclinación natural del hombre a la poesía y a la religión nace del afecto de la nostalgia; el filósofo alemán sostiene que también se deriva de él la Metafísica.

⁶ Texto de Martin Heidegger citado por: RAHNER, Karl, «Introduction au concept de philosophie existentielle chez Heidegger», en: *Recherches de Science religieuse*, 30, 1940, pp. 156-7.

Referencias

Bergson, H. (1963). *Obras escogidas* (J. A. Miguez, Trad.). Aguilar.

Forment, E. (2023). *Sabiduría tomista*. Editic.

Heidegger, M. (2006), *¿Qué es la filosofía?* (J. A. Escudero, Trad.). Herder.

Heidegger, M. (1987). *Los conceptos fundamentales de la metafísica: Mundo, finitud, soledad* (A. Leyte, Trad.). Alianza Editorial.

Lewis, C. S. (2017). *El diablo propone un brindis (y otros ensayos)* (J. L. del Barco, Trad.). Rialp.

Lewis, C. S. (2008). *Cautivado por la alegría: Mi camino hacia Cristo* (J. Fernández de la Cigoña, Trad.). Editorial Rialp.

Llull, R. (1984). *El llibre de meravelles* (A. Bonner, Ed.). Edicions 62.

Novalis. (1994). *Fragmentos* (A. Sánchez Pascual, Trad.). Tecnos.

Rahner, H. (1940). «Introduction au concept de philosophie existentielle chez Heidegger», en: *Recherches de Science religieuse*, 30/2, pp. 152-171.

Tomás de Aquino (1886). *In Aristotelis libros De caelo, De generatione et Meteorologicorum*. Ex Typographia Polyglotta.

Tomás de Aquino (1888). *Sancti Thomae Aquinatis Doctoris Angelici Opera Omnia iussu impensaque Leonis XIII, P. M., vol. 4. Pars Prima Summae Theologiae a quaestione 1 ad quaestione 49*. Ex Typographia Polyglotta.

Tomás de Aquino (1926). *Sancti Thomae Aquinatis Doctoris Angelici Opera Omnia iussu impensaque Leonis XIII, P. M., vol. 14. Summa contra gentiles, lib. III*. Typis Riccardi Garroni.

Tomás de Aquino (1971). *Sancti Thomae Aquinatis Doctoris Angelici Opera Omnia iussu impensaque Leonis XIII, P. M., vol. 3. In duodecim libros Metaphysicorum Aristotelis expositio* (ed. M. R. Cathala; R. M. Spiazzi). Marietti.

Unamuno, M. (2023). *Del sentimiento trágico de la vida*. Espasa.

Wordsworth, W. (2012). *La abadía de Tintern* (G. Torné, Trad.). Lumen.